

restado de esta cifra la de mil seiscientos sesenta, entre ejecutados, absueltos y fallecidos de muerte natural, se elevaba á siete mil ochocientos.

Y henos aquí de nuevo en la triste necesidad de presenciar el desfile de grupos de víctimas hacia el cadalso, para que se forme idea completa de lo que fué el Terror en su período álgido. El veintiséis de Pradial, catorce de Junio, una segunda hornada de individuos de los parlamentos de París y de Tolosa, en número de treinta, fueron enviados á la guillotina. Contábase entre ellos Fretteau, diputado que había sido de la Constituyente, juzgado y absuelto ya por el Tribunal revolucionario: pero á quien se había retenido en la cárcel, por la ley de diez y siete de Septiembre, hasta la paz. Su defensor pidió ahora al escribano un certificado de la sentencia; y como para expedirlo se necesitase autorización de Fouquier, dijo éste al enterarse: «Que se me presente la lista de los jurados que le absolvieron para echarla abajo. Yo sabré asegurar á este mozo; no se me escapará.» Y cumplió su palabra. Tres días después, tuvo gran resonancia otra ejecución de cincuenta y cuatro personas. El proceso de Ladmiral y de Cecilia Renault, de quienes hemos hablado arriba, fué transformado, por la relación de Barere á la Convención, en una «gran conjuración del extranjero», en la que se incluyó indistintamente, como el proceso de Lucila, á personas totalmente extrañas las unas á las otras. Dos opuestas influencias contribuyeron á dar á este asunto proporciones insensatamente exageradas por una parte, cruelmente maquiavélicas por la otra: la de los partidarios acérrimos de Robespierre, que aportaron al proceso un furor sincero, y la de los enemigos de éste, la mayoría del Comité de Seguridad general, los cuales idearon para comprometerle una pérfida estratagema. Habíase mezclado en la causa, junto con unos cuantos hebertistas, á realistas distinguidos, antiguos grandes señores, el joven Laval de Montmorenci, el príncipe de Rohan-Rochefort, el conde de Pons, Sombreuil, en fin, á quien su hija había salvado de la degollación de Septiembre y no pudo salvar ahora del cadalso. Los mangoneadores del Comité de Seguridad general, Voulland, Vadier y Amar, maquinaron incluir entre los acusados á la familia de Saint-Amaranthe, compuesta de madre é hija, casada ésta, hermosas y galantes las dos, cuya casa, frecuentada en otro tiempo por condes y marqueses, éralo desde la Revolución por representantes del pueblo, patriotas, libertinos y petardistas de buen tono, á los cuales atraían las señoras con la fama de su belleza y retenían con todo género de seducciones, principalmente la del juego. Robespierre joven, menos austero que su hermano, había tenido que ver en aquella casa elegante y sospechosa, lo que se sabía de él se atribuyó pérfidamente, exagerándolo, á su hermano Maximiliano, inventándose la absurda fábula de que Robespierre se había hecho presentar en la casa nada menos que por el cómico Trial, y que en ella pasaba las noches cenando, embriagándose y dejando escapar en medio de los vapores del vino terribles secretos. Lacoste, individuo del Comité de Seguridad general y de los más acérrimos enemigos de Robespierre, llevó á la Con-

vención el mensaje relativo á la *Conjuración del extranjero*, que no era, como á menudo se ha dicho, puro romance, puesto que contenía, con acusaciones sin pruebas, hechos verdaderos; pero que confundía en la misma acusación, como culpables del mismo crimen, á personas que nada tenían que ver con el acto de locura de Cecilia Renault. «Violento, cruel golpe de partido, dice con este motivo Michelet, el colocar precisamente en medio de los asesinos de Robespierre á aquellas mujeres realistas que se decía amigas suyas, para que su ejecución le asesinase moralmente.» Y para revestir la burda fábula con todas las apariencias de verdad, Fouquier-Tinville cometió la villanía de acusar é incluir en el proceso á cuatro administradores de policía, enemigos personales de Robespierre, los cuales llegaron al tribunal, llevando al conde de Fleury, precisamente en el momento de celebrarse la audiencia. Con estas cinco personas, el número de acusados subió á cincuenta y cuatro, y todos fueron condenados, incluso una actriz distinguida, culpable de haberse enlazado con una persona de la familia Saint Amaranthe, hasta la pobre sirvienta de esta actriz, muchacha de diez y ocho años. Y para impresionar más la fantasía popular y hacer más horroroso el cuadro, Tinville tuvo la diabólica idea de vestir á las cincuenta y cuatro víctimas la camisa roja de los parricidas, que también había llevado Carlota Corday, calculando que, cuanto más se exagerase la venganza tanto más odio se concitaría contra Robespierre, no pudiendo menos de condenar el público sentimiento que cincuenta y cuatro personas fuesen llevadas al cadalso como parricidas, solamente porque un día Robespierre había recibido una visita sospechosa. Y el astuto Tinville calculó bien. De repente se volvió contra Robespierre la opinión que tan solícita y afectuosa se le mostrara cuando las dos tentativas de asesinato. Sin que en el fondo de este cambio hubiese ni veleidad ni injusticia. Robespierre era el primer responsable de aquellos horrores, siquier fuesen esto en parte obra de sus enemigos, porque suya era la ley Patriarcal en cuya virtud todos aquellos desgraciados habían sido condenados en una sola sesión, sin defensores y sin debates.

Al tiempo que de esta suerte se esforzaba el Comité de Seguridad general en hacer odioso á Robespierre con la gran hornada de las camisas rojas, trabajaba para ridiculizarle en un asunto de índole muy distinta.

Había en París una anciana, llamada Catalina Theot, que, diciéndose profetisa y «madre de Dios», se entregaba en su casa de tiempo atrás á mojugaterías. Con la Revolución su fantasía se exaltó más y más, al punto de no vacilar acerca de su vocación celeste; y, como acontece siempre en materia de religión, su locura no tardó en hacer algunos prosélitos, entre los cuales figuraba el excartujo Cristóbal Gerle, constituyente que había sido, bondadoso, muy sencillo, pobre de espíritu, excelente patriota y muy afecto á las nuevas doctrinas. Apocalipsis llamaba Catalina á la Revolución, y anunciaba la próxima aparición de un «nuevo Mesías», el cual surgía de en medio de los cataclismos sociales,

CAPITULO ALFONSO  
 DISEÑADO POR  
 ALFONSO

y desde el instante en que apareciese empezaría una vida eterna para los elegidos. Uno de sus profetas era Gerle; el otro, de jerarquía superior, Robespierre, á causa de su deísmo, sin duda. «Hijo predilecto» le llamaba la «madre de Dios», lo que valía tanto como «Mesías», y los iniciados le miraban con veneración, como á un sér sobrenatural llamado á destinos misteriosos y sublimes. Probable es que Robespierre tuviese noticia de estas supersticiones y que hasta no las desaprobase; por lo menos, protegió á Gerle, dándole un certificado de civismo, firmado de su puño y letra, para sustraerle á las persecuciones del Comité revolucionario. La secta se propagó algún tanto; tuvo su culto y sus prácticas, y celebraba sus reuniones en la propia casa de Theot, en un barrio apartado de París, cerca del panteón. No tardaron los mangoneadores del Comité de Seguridad general, Vadier, Vouland, Jagor, y Amat, en enterarse de la existencia de la mística secta, del culto que ésta profesaba á Robespierre y del certificado de civismo dado por éste á Gerle, y al punto tomaron, de acuerdo con Barere, la resolución de denunciar á la Convención la secta como una reunión de conspiradores, al intento de poner cuando menos en ridículo á Robespierre, cuyo nombre no podría menos de ir envuelto implícitamente en el proceso. Un agente, Senat, á pretexto de hacerse iniciar, consiguió ser admitido á una de las reuniones, y en medio de la ceremonia, abrió una ventana, hizo la señal convenida á la fuerza armada y prendió á toda la secta. Se recogió el certificado de civismo, y se encontró en la cama de la «madre de Dios» una carta dirigida á su «hijo predilecto», al «primer profeta», á Robespierre. Cuando éste supo que se iba á perseguir á la secta, trató de oponerse provocando una discusión en el Comité de Salvación pública; pero Billaud y Collot, enemigos del deísmo, le dirigieron en el calor de la discusión frases injuriosas, que le obligaron á retirarse. El asunto fué llevado á la Convención el veintisiete Pradial, quince de Junio, precisamente el día que Robespierre presidía. Con aire grave y circunspecto, como de quien trae entre manos un asunto importante, Vadier subió á la tribuna y leyó una comunicación, redactada por Barere, en la que se exageraban ó desfiguraban todos los hechos. Gerle aparecía como un hipócrita, calculador de gran prestigio; el número de votos, que á penas llegaba á cuarenta entre idiotas, mujeres, viejos y niños, se multiplicaba á maravilla; por un soldado tuerto que figuraba entre los iniciados se hablaba de «muchos» militares y se aducían como pruebas de la conjuración, ciertas joyas y libros, como las profecías de *Nostradamus*; una medalla que representaba á San Miguel con el diablo á los pies, *Las Clavículas del Rabí Salomón*, un libro de magia y otros. Se daba gran relieve al aspecto cómico de las escenas, que la Asamblea celebró, ya con aplausos, ya con risotadas, dirigiéndose todas las miradas hacia Robespierre, clavado en el sillón y condenado á devorar en silencio su propio ultraje. Vadier concluyó pidiendo que los principales jefes de la secta fuesen entregados al Tribunal revolucionario, lo que la Asamblea decretó, con la coletilla de que se enviase copia de la comunicación á los ejércitos y á todos los

municipales de la República. Y gracias que el asunto no pasó de aquí. Cuando Tinvill se preparaba á llevar el asunto al Tribunal, recibió orden firmada por Robespierre de diferirlo al Comité de Salvación pública. Pero el golpe estaba dado. El nombre de Robespierre había sido expuesto á la pública irrisión.

Mientras tanto, llegaron muy tristes nuevas de la Gironda y de la Dordoña. El decreto que abolía los tribunales y comisiones revolucionarias en los departamentos, había sido derogado no solamente en Arras y Cambray, al Norte, y en Orange, al Sur; mas también en Burdeos, donde, por una decisión del Comité de Salvación pública de veinticinco Floreal (catorce de Mayo), la comisión militar recibió orden de reanudar sus funciones. ¡Qué de ilustres víctimas cayeron! Extraño caso. El personaje que ahora reanimó el Terror en Burdeos fué Julien de Paris, aquel joven agente de Robespierre y del Comité que tan eficazmente había contribuido á poner fin á los degüellos de Nantes; porque este fanático profesaba el mismo odio á los hebertistas, como Carrier, y á los girondinos, y de aquí el que, humano en Nantes, fuese implacable en Burdeos. No se dió punto de reposo hasta conseguir el llamamiento á París del representante comisionado en la Gironda, Isabeau, el cual, después de haber usado de mucha violencia, habíase amansado al punto de trocarse en protector de los bordolese. La sociedad de Burdeos trató de ganarse á Julien, como se había ganado á Isabeau, dándole fiestas, y hubo, en efecto, un momento en que el procónsul pareció vacilar; mas luego llamó en su ayuda á la «virtud», y por consejo de ésta, después de un baile hizo entregar á la comisión militar toda una familia, padre, madre é hija, en la que supuso intenciones de seducirle. Desde este punto nadie pudo creerse seguro en Burdeos. Ahora perecieron los últimos representantes del partido girondino.

En París, el Terror penetró en las cárceles. Espías y delatores, como en tiempo de aquellos emperadores romanos que Camilo había recordado en el *Viejo Cordelero*, inventaban todos los días una nueva conjuración en las prisiones, para medrar á costa de una multitud de desgraciados. La primera de estas monstruosas fábulas se urdió en Bicêtre donde de una tentativa de evasión por presos de derecho común, ladrones condenados á cadena, se hizo una vasta conspiración política para degollar á los individuos más notables de la Convención y de los comités, y que dió por resultado dos *hornadas*, de treinta y siete víctimas la una y de treinta y ocho la otra. En la segunda de estas hornadas se incluyó á Senlis, vicario de la parroquia de Saint Luis, y al montañés Osselin, quien, por haber ejecutado una acción noble dando albergue en su casa á una señora acusada de sospechosa, había sido condenado á diez años de cadena, y ahora, avergonzado de verse confundido con criminales por la supuesta conspiración, se hundió, para no ir á la guillotina, un clavo en el pecho, y Joh barbariel, así, moribundo, se le llevó delante de los jueces y de allí al cadalso. Esta atrocidad indignó á los más violentos «descamisados.»

Había una especie de emulación furiosa entre los ultraterroristas de los dos comités y

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA

los robespieristas de la policía y del Tribunal revolucionario. Barere había dicho: «Hay que depurar la población, evacuar las cárceles;» y Hermann, el comisario de las administraciones y de la policía general, en una comunicación al Comité de Salvación pública pidiendo que se le autorizase á investigar las conspiraciones en las cárceles, escribió: «Tal vez sea preciso purgar en un instante las prisiones.» El Comité otorgó á Hermann la autorización pedida, que por cierto firmó también Robespierre, única firma política que éste estampara durante su retraimiento, por lo que no puede eximirse la responsabilidad en lo que hicieron Hermann y su auxiliar Lanne, jefe del negociado especial de Política, instituido por la voluntad del jefe jacobino. Y lo que hicieron Hermann y Lanne fué de lo más monstruoso: forjar una conspiración en la cárcel del Luxemburgo, y enviar de una vez al Tribunal revolucionario nada menos que ciento cincuenta y nueve acusados, entre ellos, muchos antiguos nobles, militares, periodistas y banqueros. Pequeño el salón para tanta gente, se mandó levantar una especie de anfiteatro cuyas gradas llegaban hasta la cornisa del techo, pero que dió á la sala del tribunal aspecto tan deforme que el Comité de Salvación pública resolvió, á instancias del acusador público, retirarlo y que se juzgase á los acusados en tres sesiones consecutivas, que se celebraron del siete al once de Julio. No hubo más que diez absueltos.

Vino á continuación la hornada del Carmen. Por una comunicación del administrador de policía, Haro, denunciando un proyecto de evasión, sin aducir más pruebas que las de haberse encontrado una cuerda debajo de la cama del conde de Champagnet, haberse descubierto los emblemas de la monarquía dibujados en una sartén y haberse arrojado por la ventana el cirujano Virolle, acusado de abrigar propósitos sediciosos, fueron enviados al Tribunal revolucionario, por decreto del Comité de Salvación pública de veinte de Julio, cuarenta y nueve presos del Carmen, contándose entre ellos el general Beauharnais, que había hecho la campaña en el Rin. De los cuarenta y nueve acusados, solamente cuatro salieron absueltos.

En adelante, todos los días, veinte, treinta ó cuarenta condenados eran llevados á la guillotina, mezclados y confundidos con personas de la más humilde condición, representantes de la más alta nobleza de la antigua corte, varones y hembras, varios de edad muy avanzada, precisamente los que merecían respeto y consideración por no haber emigrado. «Esto va bien, decía Fouquier; las cabezas caen como pizarras; y es menester que vaya mejor aún en la década próxima; necesito cuatrocientas cincuenta, por lo menos.» Se explica que los más furiosos exterminadores, Billaud, Collot y los individuos del Comité de Seguridad general, comenzasen á gritar contra el Tribunal, contra Hermann y Lanne, contra los espías carcelarios, los cuales «desmoralizaban el suplicio», al decir de Collot. En catorce meses, del siete de Abril del noventa y tres al once de Junio del noventa y cuatro, el antiguo Tribunal revolucionario había pronunciado mil doscientas cincuenta y

seis sentencias de muerte; en seis semanas no más, del veintitrés *Pradial* (once de Junio) al nueve *Thermidor* (veintisiete de Julio), el nuevo Tribunal dictó mil trescientas sesenta y una. Si tomamos de estos dos periodos un número igual de días, resulta que, en los cuarenta y cinco días anteriores al veintidós *Pradial*, el número de personas guillotinas no fué más que quinientas setenta y siete; en los cuarenta y cinco días siguientes, se elevó á mil doscientas ochenta y cinco. Hé aquí perfectamente medido el terrible recrudescimiento que tuvo el Terror á consecuencia de la ley *Pradial*. «Fué el Terror, dice Henri Martín, como máquina formidable lanzada sobre una pendiente rápida y cuyo movimiento se acelera hasta que se rompe.»

Y ¡quién lo creyera! En medio de tan fúnebres preocupaciones y escenas, se multiplicaban los bailes, los conciertos y las galas. Jamás se había visto derrocharse el dinero tan fútilmente como al presente; nunca se habían vendido tan costosos y brillantes vestidos. Animada machedumbre llenaba todos los lugares destinados al público recreo. El jardín de las Tullerías, mejor cuidado que en los más prosperos tiempos de la monarquía, ofrecía un aspecto por todo extremo agradable y delicioso. Numerosos y elegantes coches recorrían la ciudad, y frecuentaban ya el Bosque de Bolonia. Cuando los extranjeros leían en su país los periódicos franceses, se representaban á éstos manchados en sangre, macilentos y cubiertos de harapos; mas cuando venían á Paris y entraban por la calle de Chaillot, se admiraba de encontrar el magnífico paseo de los Campos Elíseos cuajado de faetones que deslumbran con el brillo de sus adornos. Lo de siempre: frente á la muerte surge poderosa, irresistible la pasión de la vida, de aprovechar todos los instantes, de apurar todos los goces, y se gasta, se derrocha, se disipa insensata, locamente sin consideración al decoro, sin acordarse del mañana. A tal extremo llegó ahora esta pasión, que la galantería se practicó, en lo que se llama bello mundo, con menos continencia que nunca. No hay sino pasar la vista por los cuadros, frívolos en apariencia, pero informados en profundo sentido, que nos ha dejado descritos de mano maestra un buen observador contemporáneo, el literato Mercier.

A todo esto, la distancia se iba agrandando entre Robespierre de un lado, la mayoría de los comités y de la Convención del otro. Envalentonado con la victoria de Fleurus y la vuelta de Saint-Just, Maximiliano pronunció el trece Messidor (primero de Julio), un discurso en los jacobinos, tronando contra los que «quieren sustraer los aristócratas á la justicia» y contra «la facción de los indulgentes.» ¡Como si le pareciesen aún pocas las víctimas que á diario se mandaban á la guillotina! Recrimina hasta la saciedad á los calumniadores que le acusaban de tirano; se queja de que algunos de sus compañeros se hiciesen eco de semejantes calumnias, y termina con esta grave amenaza contra el Comité de Salvación pública: «Si se me forzase á renunciar parte de las funciones de que estoy investido, con mi cualidad de representante del pueblo haría guerra á muerte á los tiranos y

CAPILLA ALFONSENA  
BIBLIOTECA  
C. A. N. 1. 1. 1.